

1969

LOS CANDIDATOS

LA TRADICIÓN dice que el nuevo presidente sale del gabinete. Entonces tengamos a la vista este elenco arreglado por orden alfabético de puestos: Norberto Aguirre Palancares, Agrario; Juan Gil Preciado, Agricultura; José Antonio Padilla Segura, Comunicaciones; Marcelino García Barragán, Defensa; Alfonso Corona del Rosal, Distrito Federal; Agustín Yáñez, Educación; Luis Echeverría, Gobernación; Antonio Ortiz Mena, Hacienda; Octaviano Campos Salas, Industria; Antonio Vázquez del Mercado, Marina; Gilberto Valenzuela, Obras Públicas; Manuel Franco López, Patrimonio; Emilio Martínez Manatou, Presidencia; José Hernández Terán, Recursos; Antonio Carrillo Flores, Relaciones; Salvador Aceves, Salud; Salomón González Blanco, Trabajo.

Hasta aquí tenemos diecisiete posibilidades de selección; pero brincaríamos a veinticuatro añadiendo los directores de algunos bancos semi-oficiales y organismos descentralizados, a veinticuatro añadiendo los directores de algunos bancos semi-oficiales y organismos descentralizados, a saber: Antonio Armendáriz, Banco de Comercio Exterior; Rodrigo Gómez, Banco de México; Guillermo Martínez Domínguez, Federal de Electricidad; Salim Nasta, Guanos

y Fertilizantes; Ignacio Morones Prieto, Seguro Social; José Hernández Delgado, Nacional Financiera; Jesús Reyes Heróles, Petróleos.

Se restriega uno las manos de gusto ante esta excitante empresa de hacerla de creador de todo un presidente constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, con tanta mayor razón cuanto que los dedos palpan la finísima textura de la masa con que se modelará al hombre que durante seis venturosos años habrá de regir los destinos de un pueblo privilegiado. Por desgracia, pronto el gozo comienza a caer al pozo, pues hay que eliminar desde luego a don Salim y a don Jesús porque tropiezan con un pequeño obstáculo constitucional (artículo 82 I). Duele esto, pues si algo necesita México es una fertilización a fondo y una petroquímica a todo dar (y a nada recoger). El segundo hachazo, más rudo, se lleva cinco adicionales: el almirante Vázquez del Mercado, el ingeniero Franco López, el doctor Aceves, don Rodrigo Gómez y don José Hernández Delgado. Han hecho política y con bastante éxito, pero como sin querer; proponerles la Presidencia equivaldría a imponerles un cambio de estilo.

Del sentón siguiente bajamos de diecisiete a doce, pues quedarían eliminados cuatro porque sin haber adquirido el billete correspondiente, caerles el premio gordo acarrearía el infarto cardíaco, y el quinto por edad. Entonces quedan fuera don Norberto, don José Antonio, don Guillermo y mi general García Barragán. Resta apenas una docena, pero aquí, justamente, comienzan las dificultades. Nuestros hombres públicos hacen una política tan íntima, que comentar sus personalidades da la impresión de que se mete uno en su vida privada. A partir de aquí, pues, resulta delicado explicar la eliminación. Digamos el caso de don Octaviano: no desdeñaría sacrificarse por su país en la Presidencia; pero da la im-

presión de haber gozado tan inmensamente su ministerio, que preferiría tumbarse en estos laureles. Si esto es así, más vale eliminarlo que dañar sus diez años restantes. En un caso semejante se halla don Salomón después de trabajar doce años en Trabajo.

También debiera descartarse a don Antonio Armendáriz, pero por un motivo diverso. Aunque la idea debe parecerle un tanto remota, lo enloquecería arrellanarse en la Silla; pero a pesar de tener sus ventajas, resultaría muy vulnerable. La primera de aquellas es una buena estampa, pues aunque su estatura es más bien corta, anda muy erguidito, y su rostro indígena, de una cierta nobleza natural, se ha hermoseedo con algún mechón blanco. Pero sus enemigos lo harían pedazos a las primeras de cambio acusándolo de haber jugado, no la carta de Juárez, sino la de cualquier lord inglés. Es, por ejemplo, miembro del Snuff Club, formado por seis nostálgicos que se reúne periódicamente, primero, para enseñarse la última cajita de plata, de oro, de marfil o de laca, en que guardan el rapé; y después, para aspirar éste y determinar quién ha lanzado el estornudo más penetrante.

Ahora la guillotina cercena las cabezas de don Antonio y de don Ignacio, y como todo acto violento, debe justificarse. Ambos fueron alguna vez profesionistas: uno, eminente profesor de derecho administrativo y el otro, cirujano; ambos han sido secretarios de estado, uno por dos veces y el otro, para compensar, gobernador de un estado; ambos han vestido la casaca de embajador. En suma, hombres de talento, de variada experiencia y de una simpatía personal reconocida. Por eso sorprende oír que su presidencia resultaría la peor calamidad que puede azotar a la Nación. Esta opinión sorprendente corre así.

Don Antonio es una de esas bendiciones que rara vez caen so-

bre un ser humano. Mientras sus cualidades están muy a flor de piel, expuestas a la vista y al tacto del observador casual, sus vicios se hallan ocultos entre las cavidades de su cuerpo y sólo puede advertirlas un observador atento, que lo trate sostenidamente. Sus principales prendas son la cordialidad y la inteligencia. La primera se percibe con sólo entrar en donde se encuentre, como se nota el calor del hornillo en una habitación destemplada; la segunda aflora en la más intrascendente conversación con él. El defecto central es que don Antonio jamás ha tenido un propósito en la vida; no nada sino flota, dejando a las brisas el esfuerzo de llevarlo, no a donde él se ha propuesto llegar, sino a donde ellas determinen. Se dirá con razón que esto le ha resultado muy lucrativo a don Antonio; pero sería un desastre para un país tan necesitado de una guía firme.

El caso de don Ignacio es diferente pero no menos ominoso. Durante largos años radicó en San Luis practicando la cirugía aprendida en París. Modesto y tesorero, ascendió a director de un hospital local. Allí hubiera seguido hasta ahora, sólo que ocurrió algo inesperado en la vida de don Ignacio y de la Nación. Acción Nacional se había puesto agresiva en Nuevo León, suscitó un serio conflicto en las elecciones municipales y se venía encima la de gobernador del estado. Alguien en el PRI se acordó de que Morones Prieto era neoleonés y no potosino, como todo el mundo creía. Allí estaba este hombre callado, de habla difícil, bien reputado profesionalmente y apolítico. Fue lanzado como un candidato "colchón", como se han creado naciones "colchones" que amortiguan los choques de dos estados rivales poderosos.

Salió con bien el enredo, sobre todo porque Acción Nacional se había agotado en esas elecciones municipales, y dejó de ser siquiera un estorbo en el estado. Lo cierto es que allí comenzó la as-

censión aerostática de don Ignacio, hasta llegar a ser el director más dispendioso del Seguro Social (¡y vaya si los ha habido!). Con una psicología de Lorenzo el Magnífico, se ha permitido gastar unos veinte millones del Seguro en tres series de televisión, y quién sabe cuántos más en qué otras cosas tan distantes como Venus de los fines del Seguro, definidos en leyes escritas e impresas, al alcance de todo el mundo. Es, pues, de temerse que, exaltado a la presidencia, don Ignacio convierta la Tesorería General de la Nación en una Fundación Rockefeller, de la cual, por supuesto, el indito mexicano no sacaría ni una palabra de consuelo.